

Construcción de Identidad y Nuevos Procesos de Urbanización: El Caso de Franklin.

Catalina Gobantes, María Paz Peirano y Verónica Tapia.

Cita:

Catalina Gobantes, María Paz Peirano y Verónica Tapia (2004). *Construcción de Identidad y Nuevos Procesos de Urbanización: El Caso de Franklin*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/94>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/Ryq>

Construcción de Identidad y Nuevos Procesos de Urbanización: El Caso de Franklin

Catalina Gobantes*, María Paz Peirano, Verónica Tapia

Resumen

El barrio y la ciudad han cambiado. La constante expansión de las tramas urbanas, el surgimiento de subcentralidades monofuncionales y el aumento de la movilidad y heterogeneidad sociocultural que caracteriza la vida urbana contemporánea, cuestionan la existencia de unidades territoriales social y culturalmente integradas. El barrio no puede ser concebido, por tanto, como una realidad encapsulada o autocontenida donde prima la homogeneidad. Por el contrario, tanto las transformaciones culturales como aquellas sufridas por el espacio urbano en la actualidad hacen necesario pensar lo local como parte de procesos sociales, económicos, políticos y culturales más amplios, donde el territorio ha de ser entendido como una configuración espacial donde se articulan dichos procesos con las formas en que los diferentes actores construyen su identidad, dando forma y organizando el espacio habitado. El presente trabajo busca establecer las dinámicas que constituyen la actual realidad de un sector tradicional de la ciudad de Santiago, donde los procesos económicos y políticos sufridos por la ciudad, así como los distintos usos espaciales asociados al barrio Franklin generan formas de identificación que entran en tensión y muchas veces incluso en conflicto, promoviendo aquellos fenómenos de envejecimiento, deterioro y desarraigo que actualmente afectan el desarrollo del barrio.

Palabras Claves: Identidad, Urbanización, Cultura, Condición Urbana, Barrio

Identidad, cultura y territorio

A lo largo de su historia, la antropología ha puesto especial interés en analizar y comprender cómo se configura la relación entre identidad, cultura y territorio al interior de las grandes ciudades, en el entendido de que ellos constituyen factores estructurantes en la conformación de las relaciones sociales y, por ende, en la forma como se organiza el espacio social en la ciudad.

Lo anterior opera bajo el supuesto de que los sujetos, individual y colectivamente considerados, son capaces de desarrollar una acción creativa y transformadora en el espacio que habitan, vale decir, tienen la capacidad de intervenir, dar forma y organizar el espacio habitado. Es aquí que la noción de territorio cobra importancia, por cuanto hace referencia a la capacidad de todo grupo social para establecer delimitaciones significativas sobre el espacio que habita.

La territorialidad se comprende como la identificación de los individuos con un área que interpretan como propia, y que se entiende ha de ser defendida de intrusiones, violaciones o contaminaciones. En este sentido, es posible establecer una diferencia conceptual importante entre espacio y territorio. Mientras el espacio constituye una categoría abstracta y por ende abierta a distintas formas de configuración, el territorio constituye la configuración particular que cada grupo social hace del espacio que habita mediante un uso diferencial y distintivo del mismo. De esta manera, la cultura juega un papel fundamental en la forma cómo se organiza el espacio habitado, definiendo delimitaciones e hitos significativos, validando o prescribiendo funciones, usos y prácticas, y por cierto, promoviendo significaciones individuales o colectivas en él. Entenderemos la cultura como "un conjunto aprendido de tradiciones y estilos de vida, socialmente adquiridos, de los miembros de una sociedad, incluyendo sus modos pautados y repetitivos de pensar, sentir y actuar" (Harris, 2001: 19). Su importancia para la organización social del espacio urbano radica en que ella actúa como el marco de sentido desde el cual todo grupo social fundamenta el establecimiento de delimitaciones territoriales. Es gracias a la cultura que el espacio deja de ser pura forma abstracta para constituirse en un territorio, es decir en un espacio reconocido y diferenciado por los individuos que lo habitan, sobre el cual es posible establecer comunicación con sentido.

* Taller de Antropología Urbana, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. tallerantropologiaurbana@gmail.com

Si la relación entre cultura y territorio se traduce en la posibilidad de organizar las representaciones y prácticas al interior del grupo social y de dar significación al espacio habitado, dicha relación alcanza su expresión más patente en la generación de identidades territoriales. La identidad constituye parte de la capacidad de todo sujeto para participar cognoscitiva y operativamente de un espacio culturalmente modelado, aceptando las pautas de convivencia establecidas al interior de un grupo y con ello integrándose activamente a su proceso de modelamiento. Lo anterior permite la aparición de un sentido de pertenencia entre sus habitantes y una clara delimitación de las fronteras sobre el espacio considerado como propio. De este modo, entenderemos por identidad territorial el proceso de construcción de sentido mediante el cual todo grupo social alcanza conciencia de sí como un ser particular y diferenciado a partir de un conjunto de representaciones y prácticas culturales que establece como propios y que definen sus ámbitos particulares de competencia.

Bajo este entendido, podemos entender la serie de cuestionamientos surgidos últimamente respecto al florecimiento de nuevas formas de habitar el espacio urbano. Dicha preocupación se produce porque el desarrollo de nuevos modelos de organización territorial (la ciudad global, la ciudad red, etc.), producen nuevas formas de uso y significación del espacio urbano por parte de sus habitantes, las cuales es necesario comprender y analizar.

La configuración de un espacio global cuestiona la forma como los elementos que hemos estado trabajando (identidad, cultura y territorio) entran en interacción en la vida social urbana contemporánea. Si bien tradicionalmente se ha establecido la existencia de una directa correlación entre Identidad, Cultura y Territorio, ésta ahora parece una relación discutible y en permanente tensión. En el primer entendido, dichos elementos permiten observar la conformación de múltiples universos culturales de carácter discreto, diferenciados entre sí y que se distribuyen geográficamente y de manera ordenada sobre el territorio. Así, la diversidad cultural característica de los grandes centros urbanos se organizaría a la manera de una gran mosaico constituido por un conjunto de unidades culturales relativamente homogéneas en su interior y heterogéneas al exterior. Bajo esta lógica, la construcción de la identidad por parte de los sujetos estaría asociada fuertemente a marcos de sentido grupalmente compartidos en función del uso y apropiación de un territorio común. Un ejemplo de ello sería el barrio y, consecuentemente, la identidad barrial.

La existencia de “sociedades localizadas” hace referencia a la pretensión de las ciencias sociales por establecer y comprender la organización y el funcionamiento territorial de los grupos sociales a partir de su delimitación e identificación con un espacio culturalmente apropiado y por tanto significativo. De acuerdo con esta formulación, la organización del “lugar” constituye un espejo de la organización del grupo, por lo que el descubrimiento de aquél constituye un requisito fundamental para la comprensión de este último. Para Augé, lo anterior deriva en la concepción del “lugar antropológico”, formulación que guarda la pretensión de que detrás de las ideas de totalidad y de sociedad localizada radica una total correspondencia entre cultura, sociedad e individuo.

Ahora bien, esta tendencia ha entrado en cuestión a la luz de las transformaciones impuestas al territorio por el modelo posfordista, que asume la influencia de éste sobre la producción cultural deslocalizada y mediática, así como sobre el espacio urbano. En este sentido, la relación entre identidad, cultura y territorio posee también una nueva variante según la cual estos factores asumen constituciones “líquidas” y fluctuantes, que se superponen y entrecruzan permanentemente. Así, junto con aquellas configuraciones culturales delimitadas territorialmente, como son un país, una región o un barrio, estaríamos en presencia de configuraciones culturales cada vez más individualizadas, deslocalizadas y móviles.

En este contexto, aparece lo local como el ámbito de la vida comunitaria, un lugar de resguardo, de lo propio, de las relaciones intensas y cercanas que se oponen al anonimato característico de la vida urbana. Lo local se preocuparía por buscar las convergencias, lo compartido, lo homogéneo y no la diferenciación. Sin embargo, no debemos caer en el error de concebir y presentar lo local como realidades encapsuladas o autocontenidas, donde prima la homogeneidad en tiempos en que la diferenciación y la multiculturalidad parecen expandirse. Por el contrario, tanto las transformaciones culturales como aquellas sufridas por el espacio urbano en la actualidad hacen necesario pensar lo local como parte de procesos sociales (económicos, políticos y culturales) más amplios, donde el territorio pueda ser entendido como una configuración espacial compleja en donde se articulan los distintos niveles de la realidad y donde interactúan diferentes actores implicados en la delimitación y apropiación de ese territorio con intereses e intenciones no sólo distintas sino también, en algunos casos, contradictorios o en tensión.

Nuevos procesos de urbanización

El protagonismo alcanzado durante las dos últimas décadas por los grandes centros urbanos ha generado nuevas tendencias habitacionales, laborales y de movilidad al interior de la urbe; se ha generado una doble condición de centralidad y movilidad que organiza el espacio urbano. El modelo posfordista de producción se plasma en la estructura de la ciudad, creando subcentralidades polifuncionales en las áreas metropolitanas para articular y dirigir la actividad productiva de su entorno territorial, para lo cual resulta imprescindible concentrar el poder decisional en nodos urbanos fuertes. A su vez, éstos deben tener la capacidad para vincular el amplio territorio circundante a través de la adecuada movilidad de sus recursos productivos, sean estos humanos, materiales, financieros o informacionales, conformando así una amplia red de flujos que se expanden dentro de las mismas ciudades como entre ellas. A modo de ejemplo, en el caso de Santiago, la Estrategia Urbana para la celebración del Bicentenario se ha diseñado sobre dos ámbitos prioritarios: la generación de nuevas centralidades metropolitanas y el establecimiento de un sistema de conectividad que las integre a partir de parques, espacios públicos, vialidad y transporte, lo que afectará de manera directa la estructuración de la ciudad y, por ende, los modos de imaginarla y habitarla. Esta doble condición de urbanidad le exige al habitante aumentar sus niveles de movilidad en el espacio urbano, dificultando las posibilidades de establecer formas de territorialización estables y duraderas.

A lo anterior se suma el desarrollo alcanzado por las tecnologías comunicacionales, que promueven la circulación de bienes culturales, desestimando los contextos locales en que éstos son producidos y generando universos culturales móviles y mediáticos, lo que pone en cuestión la existencia de una directa correlación entre identidad, cultura y territorio.

De la movilidad como principio estructurador de la urbanización contemporánea se deriva, a su vez, una transformación sustancial del espacio: si el uso y la ocupación del espacio urbano deviene aleatoria y multireferencial por parte de los sujetos, entonces es posible esperar una tendencia que refuerce la formulación de vínculos sociales laxos, asociaciones efímeras y coyunturales entre ellos. El establecimiento de vínculos inestables y aleatorios acrecienta el protagonismo de formulaciones de sentido individuales, orientadas preferentemente por opciones de tipo particular y no por

construcciones colectivas que tienden hacia la estabilización.

Por una parte, en la cultura urbana contemporánea se mediatiza la relación entre experiencia e imaginario, promoviéndose una experiencia individual de la ciudad por medio del acceso a las tecnologías comunicacionales, y por otro, las relaciones sociales de carácter primario tienden a desintegrarse dentro de las grandes aglomeraciones humanas.

Del concepto tradicional de barrio

El concepto de “barrio” ha sido tradicionalmente concebido desde el urbanismo como una unidad territorial dotada con ciertas características propias y distintivas que marcan una relación de particularidad frente al conjunto de la ciudad. Desde la antropología y sociología urbanas, esta unidad territorial ha sido homologada a la definición de “área natural” establecida por la Escuela de Chicago y que pone especial énfasis en el carácter comunitario de las relaciones sociales presentes en su conformación. Es así como, desde una perspectiva sociocultural, la conceptualización tradicional de barrio pone el acento justamente en su conformación comunitaria.

Bajo esta óptica, se concibe al barrio como parte de una experiencia social y territorial significativa para sus habitantes. La imagen que los sujetos urbanos tienen de un barrio se construye principalmente a través de los lazos afectivos con que se relacionan con un determinado lugar, por lo tanto, el barrio requiere más que un territorio para conformarse; en él se establecen redes sociales y al constituirse como escenario de estas relaciones se construye un sentimiento de pertenencia hacia él.

En segundo lugar, se comprende el barrio como un territorio donde se articulan cierto tipo de experiencias históricas y biográficas, es decir, como el lugar donde pertenecemos y que a su vez es parte de lo que somos. Así, la relación entre los individuos y un territorio crea, a través del tiempo, vínculos afectivos que determinan una identificación con ese territorio, por lo tanto, los significados que se le dan al Barrio han surgido a través de la historia individual y colectiva de sus habitantes, y de las formas de interacción y vínculos sociales conformados a lo largo del tiempo. Por lo tanto, el barrio corresponde a un referente identitario, donde confluyen tanto la conformación de lazos afectivos como las experiencias biográficas de sus habitantes.

Considerando lo anterior, resulta importante establecer que así como el barrio construye identidades, los suje-

tos y grupos que lo constituyen y que habitan en él lo van configurando permanentemente de un modo particular y reconocible. Es en base a esta definición que podemos entender que la identidad social urbana se constituye por la fusión entre la identidad con el lugar, las formas de interacción social que se articulan en él, y aquellos elementos físicos que lo configuran. Será por medio de la permanente interacción social en y con el territorio en cuestión, y la consecuente apropiación que sus habitantes realizan de él, que el barrio va adquiriendo significados dinámicos, los cuales a la larga van constituyéndose en una extensión de la vida personal y cotidiana de sus habitantes.

Atendiendo al énfasis en el carácter comunitario de las relaciones sociales presentes en la conformación de un barrio, es posible comprender que uno de los referentes tradicionalmente utilizados a la hora de definir el concepto sea su identificación con un conjunto de relaciones sociales de carácter primario, es decir, aquello que recurrentemente entendemos por comunidad. Desde esta perspectiva, el barrio se conceptualiza como un conjunto de individuos insertos en un área territorial con un grado considerable de conocimiento y contacto interpersonal y cierta base especial de cohesión que la separa de los grupos vecinos. La comunidad otorga un sentido de pertenencia y de diferenciación social y territorial al individuo, lo que le permite una identificación con el lugar que habita.

Esta comunidad habitaría un determinado territorio que corresponde a una construcción cultural fundada en una imagen o representación del espacio compartida por sus miembros, la cual, a su vez, dice relación con su experiencia urbana particular, vinculada a la vida cotidiana desarrollada en el barrio. En otras palabras, lo que distingue al barrio es una identidad cultural propia y característica, basada en las representaciones y las experiencias de sus habitantes, que conforman una comunidad.

Esta concepción tradicional de barrio no sólo está presente en las discusiones teóricas, sino que también ha sido promovida a través de distintas iniciativas de repoblamiento y revitalización urbana desarrollados con relativo éxito desde fines de la década de los '80 hasta la actualidad en distintas partes del mundo y dentro de las cuales destaca la formulación del Plan Estratégico de Santiago durante la década de los '90 en nuestro país. Sin embargo, se ha conformado una espacialidad urbana dispersa y nuevas formas de habitar la ciudad, lo que conlleva distintos fenómenos que tienden hacia una relación de transitoriedad entre los sujetos y los territorios

urbanos, que nos llevan a cuestionar la pertinencia de las ideas formuladas anteriormente. El barrio se desdibuja y se disuelve en la ciudad de tal manera que el espacio tradicional del barrio es reemplazado por lugares transitorios que sólo pueden generar identidades "líquidas". Es desde esta perspectiva que la pretendida unidad territorial y sociocultural asociada a los barrios comenzaría a desvanecerse.

El barrio Franklin

Antecedentes del barrio Franklin

Los procesos económicos y políticos sufridos por la ciudad, así como la tensión entre la definición tradicional de barrio y la experiencia urbana de sus habitantes, se manifiestan particularmente en el barrio Franklin. Este barrio se ubica al sur de la comuna de Santiago y tiene, según la definición de la municipalidad de Santiago, una vocación "comercial-residencial", sin embargo, con el tiempo, el barrio Franklin ha ido reforzando su vocación comercial por sobre su uso para fines residenciales.

Los orígenes del barrio Franklin se remontan a la creación del Matadero Municipal de Santiago en 1847, con una posterior expansión del sector bajo una dinámica de asentamientos espontáneos y precarios en función de la importancia adquirida por la provisión de productos agrícolas y ganaderos hacia el resto de la capital (el Matadero era el único centro de aprovisionamiento de carne de la ciudad). Los asentamientos espontáneos tienen directa relación con la masiva ocupación de la periferia de Santiago por parte de grupos de inmigrantes provenientes desde sectores rurales, que construían rancharíos en las antiguas chacras agrícolas. A partir de 1873, la situación de miseria que vivía el sector obligó a la autoridad a erradicarlo, reemplazándose los rancharíos por cités y conventillos o por casas de alquiler para sectores medios, trasladando la extrema pobreza a los nuevos suburbios, todo ello amparado en el deseo de segregación de las clases sociales en la ciudad.

El carácter comercial del barrio Franklin, impulsado a partir del establecimiento del Matadero, se vio reforzado alrededor de 1910 con la creación de una estación de ferrocarriles. Con ello se configuró una aglomeración del comercio asociado a la llegada de productos para la venta, constatándose la presencia de numerosos comerciantes callejeros, lo que implicó sucesivos intentos por erradicarlos de parte de las autoridades. La creciente actividad comercial y productiva que se desarrollaba en el sector aledaño al matadero Municipal y el aumento de la población asentada en el área, conllevaron el cre-

cimiento, densificación y expansión del sector Franklin como un área de atracción urbana ubicada en las periferias de la ciudad.

A partir de los años '30 y mediados de la década del '60, se implementó una serie de iniciativas de vivienda social y se conformó el trazado vial en los sectores adyacentes al Matadero Municipal. Estas iniciativas, promovidas tanto desde organismos públicos como privados, marcan la consolidación urbanística del barrio. En esta década, y en concordancia con la política de industrialización del país y la zonificación de la ciudad a partir de funciones diferenciadas, Franklin vive un proceso de localización de una serie de industrias y, como era costumbre, las casas de los empleados se construyen en torno a ellas. No cabe duda que es en este tipo de intervenciones inspiradas en el ideal de zonificación urbana donde es posible encontrar los orígenes de cierto nivel de homogeneidad en las características físicas y urbanísticas del sector, como así también en las características socioeconómicas de sus habitantes.

Desde mediados de los años '60 hasta la actualidad, es posible establecer una clara tendencia hacia el detrimento de las condiciones físicas, ambientales y sociales de habitabilidad del sector. Finalmente, con el término del funcionamiento del ferrocarril en 1979, quiebran las industrias de Curtiembre y Calzado, arrendándose su infraestructura a comerciantes ambulantes para que se instalen al interior del recinto. Éste sería el primer paso en la localización de la actividad comercial y la conformación del "Persa Bío-Bío".

El segundo paso se dio en 1993, cuando se decide la erradicación definitiva del comercio ambulante, construyéndose 3 nuevos galpones. Finalmente, en 1997, se construye un último galpón para la ubicación de una cooperativa de comerciantes. Con esto, se inician obras de mejoramiento de la infraestructura, reforzándose su uso comercial en detrimento del residencial y notándose un aumento sostenido en el valor del suelo.

Esta tendencia se manifiesta, en primer lugar, en que la superficie destinada a usos comerciales ha aumentado progresivamente, mientras el sector de vivienda ha experimentado un crecimiento negativo. En segundo lugar, se manifiesta también en la masiva ocupación de espacios públicos por parte del comercio ambulante durante los fines de semana, lo que contrasta con la pasividad que sugiere su uso residencial. Los grandes sitios eriazos se transforman en estacionamiento y la casi totalidad del espacio público es orientado a la recepción

de las visitas. Como consecuencia, durante la semana estos espacios se presentan hostiles para su uso, permaneciendo prácticamente vacíos.

Finalmente, existe un sostenido aumento de los flujos de personas durante los fines de semana en relación a los días de semana, aumentando desde 102 personas por minuto en la semana a 233 p/min el fin de semana. El sector lo componen usuarios y residentes, los que se desagregan aproximadamente en 15.000 residentes y 30.000 usuarios, de los cuales 10.000 son trabajadores. Todos los antecedentes anteriores constatan de manera evidente que la tendencia actual del barrio es a un claro aumento de las actividades productivas y comerciales, y un retroceso de la superficie destinada a vivienda.

Planteamiento de la investigación

La investigación realizada en el barrio Franklin parte de preguntarnos sobre la relación existente entre el concepto tradicional de barrio y la experiencia de sus habitantes, analizando el concepto de barrio desde una perspectiva sociocultural, a partir de la identidad que se construye en base a las representaciones del espacio y los procesos de pertenencia e integración social de los habitantes del barrio Franklin.

El estudio se llevó a cabo específicamente en el barrio Franklin, justamente por su nomenclatura oficial de barrio tradicional, por las dinámicas de cambio que ha sufrido a lo largo de su larga existencia, los conflictos generados por el uso del suelo, y por la multiplicidad de actores e identidades que se articulan en él.

Es así como delimitamos el área de estudio al barrio Franklin, ubicado en la periferia sur de Santiago, en el cuadrante comprendido administrativamente por las siguientes coordenadas: al norte Av. Ñuble, al sur Camino Circunvalación (ex ferrocarril urbano de Santiago), al este Av. San Diego y al oeste Av. Carmen.

El universo de estudio definido fue la totalidad de los individuos que habitan en el Barrio Franklin de Santiago, donde la muestra constituyó un conjunto de 10 a 12 residentes, comerciantes y transeúntes habituales de dicho barrio.

Como dijimos anteriormente, el objetivo de la investigación fue identificar y analizar las formas de identidad cultural asociadas al barrio Franklin de Santiago, para lo que se realizaron observaciones etnográficas, entrevistas estructuradas, entrevistas en profundidad y construcción de etno-mapas de acuerdo a las siguientes variables de investigación.

Representación Social del Espacio

En el entendido que las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientadas a la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal, dentro de toda imagen urbana podemos distinguir las representaciones que los distintos sujetos tienen respecto de los elementos estructurales constituyentes del territorio, así como una narración o discurso hegemónico que otorga sentido a dichas representaciones, haciendo del territorio un espacio significativo. Siguiendo las formulaciones planteadas en la tesis de Lynch, se consideraron los siguientes elementos:

1. Caminos o Sendas (paths): vías por medio de las cuales el observador organiza y conecta los distintos espacios de la ciudad.
2. Bordes o Fronteras (edges): referencias laterales que pueden interpretarse como barreras más o menos impenetrables o como líneas de sutura entre zonas diferentes.
3. Distritos o Zonas (districts): secciones donde el observador puede penetrar mentalmente e imaginarla desde adentro; el observador las distingue por medio de características comunes que las identifican.
4. Nodos (nodes): puntos o focos de atracción estratégicos del territorio donde el observador puede entrar o salir.
5. Hitos (landmarks): focos de atracción y de referencia, donde el observador no entra y los imagina desde afuera. Constituyen marcos de referencia exteriores al observador.

Pertenencia Social

La idea de barrio como comunidad supone un sentido de pertenencia al territorio. Entendemos por pertenencia el proceso de vinculación y adscripción de un sujeto a un determinado grupo social y su identificación con un área espacial que interpretan como propia, a partir del establecimiento de referentes físicos y materiales que delimitan sus fronteras y definen sus formas de apropiación. La pertenencia al barrio Franklin se analizó a partir de dos distinciones:

1. Pertenencia Afectiva: los sujetos trazan relaciones donde sienten el territorio como propio, como una prolongación de su cuerpo o de los elementos que son parte de su identidad personal o grupal.
2. Pertenencia Instrumental: el tipo de relación que trazan los sujetos con el espacio es un medio para alcanzar un fin, por lo tanto éste puede ser

reemplazado por otro espacio de acuerdo a las ventajas comparativas que presente.

Integración Social

Las relaciones sociales dentro del barrio entendido como comunidad suponen una alta integración social, entendiendo ésta como el conjunto de interacciones estables y coactivas entre los usuarios de un mismo territorio. En función de lo anterior, distinguimos tres niveles de integración social, según los tipos posibles de encontrar en un territorio:

1. Alta integración social (Cooperación): caracterizada por relaciones sociales en la que personas o grupos determinados asocian actividades o trabajan juntos prestándose ayuda mutua de un modo más o menos organizado en función de fines, objetivos y expectativas comunes.
2. Baja integración social (Competencia): caracterizada por relaciones sociales donde existe una lucha por la posesión o el uso de bienes escasos, dentro de los cuales podría considerarse el territorio.
3. Nula Integración social (Indiferencia): forma de integración caracterizada por la falta de relaciones sociales con otros seres humanos.

Resultados de la investigación

La imagen externa: transeúntes

La identidad cultural de los transeúntes se construye en base a la identificación del barrio Franklin como el territorio comercial donde los sectores populares tienen las más amplias posibilidades de acceder a bienes de consumo. El "nosotros" estaría constituido por aquella parte de la sociedad menos privilegiada económicamente, para la cual, y debido a las formas de interacción particulares que se dan en este territorio, le resulta ventajoso entrar en él. El Barrio Franklin se perfila entonces como el gran nodo comercial popular de la ciudad de Santiago. En cuanto a la representación del barrio, encontramos en primer lugar una imagen marcada por el movimiento y el flujo, de acuerdo a la función netamente comercial que para ellos lo define y le otorga su carácter particular. De esta manera, tanto las sendas como los límites y zonas identificadas dicen relación con esta función. Los límites justamente se diluyen a medida que la función comercial se desperfila (hacia el sector oriente). Asimismo, los nodos definidos por los transeúntes corresponden a las principales sendas determinadas por su carácter comercial y que son identificadas como límites

del barrio. Como hitos se consideran la plaza, que se encuentra fuera de los límites administrativos e imaginados, y el vértice de la calle San Diego con Placer, puesto que ambos son puntos desde los cuales la mayoría de los transeúntes inicia el recorrido por el barrio.

Las formas de pertenencia son coherentes con la representación social construida por los transeúntes: al Barrio Franklin se viene a comprar y se viene aquí porque es variado y barato. Sin embargo, es importante destacar que si bien encontramos una forma de pertenencia netamente instrumental, existe una forma de pertenencia afectiva, a saber, una pertenencia ligada a la dimensión recreativa que el barrio ofrece a sus visitantes, lo cual se ve reforzado por determinadas características comunes que comparten muchos de los transeúntes que vienen a Franklin. Se considera como el espacio comercial donde las clases populares tienen mayores posibilidades de consumo. Aquí se tiene la posibilidad de acceder a una variedad extensa de productos y se permiten formas de transacción e intercambio menos rígidas y más flexibles a las expectativas de comerciantes y compradores.

Este carácter ambiguo también lo encontramos en la variable integración, ya que si bien domina la indiferencia entre los mismos transeúntes y en su relación con los comerciantes y residentes, lo que se expresa en su nula participación en instancias formales de organización social, sí es posible encontrar un tipo de integración cooperativa entre el comerciante y el transeúnte que tiene el hábito de ir al barrio constantemente.

El barrio desde dentro: comerciantes y residentes

Para los comerciantes, la imagen del Barrio está asociada a su carácter comercial. Sin embargo, dicha imagen comercial se considera constitutiva de la tradición del barrio, permitiendo y estimulando la convergencia de personas provenientes desde distintos sectores de la ciudad y pertenecientes a distintos estratos socioeconómicos. El barrio se ve así como un espacio de continuidad de la tradición santiaguina, enfocada principalmente a grupos sociales de extracción popular, coincidiendo con la imagen que tienen los transeúntes de él. La pertenencia Instrumental de los comerciantes está construida principalmente en base a sus labores específicas como grupo social. Desde esa perspectiva, se manifiesta un uso y conocimiento delimitado y estrecho del territorio, que se circunscribe a las calles y nodos del sector comercial. Estos habitantes identifican principalmente dos hitos y nodos en el barrio, el Persa y el Mercado Matadero, ambos lugares señalados también

por los residentes del barrio Franklin. De la pertenencia instrumental al barrio se desborda una noción de pertenencia afectiva por parte de los comerciantes, ligada a la mantención de los usos culturales tradicionales y del valor del matadero como punto simbólico importante dentro de la ciudad de Santiago.

En cuanto a la integración social, ésta se expresa en relaciones de cooperación al interior del grupo de los comerciantes, si bien existe una escasa participación en las instancias formales de organización social, como los tradicionales sindicatos. Las relaciones con los demás grupos sociales, en cambio, son distantes. Observamos relaciones de indiferencia frente a los residentes y a la gran masa de transeúntes que converge en Franklin, a excepción de ciertas relaciones particulares con clientes habituales. Por otra parte, se dan relaciones competitivas frente a esa masa anodina que constituye la delincuencia del barrio, que no tiene un identificación clara y precisa y que, por lo mismo, resulta difícil separar y distinguir de entre residentes y transeúntes, conformando un "otro" indiferenciado y poco confiable.

En el caso de los residentes del barrio Franklin, encontramos dos tipos de identidad relacionada con el territorio. Por una parte, encontramos a quienes manifiestan una fuerte identidad con respecto al barrio, cuya pertenencia se caracteriza por ser eminentemente afectiva. Su vinculación e identificación con el barrio hace que éste sea interpretado como un espacio propio y positivamente valorado, lo que se manifiesta en la capacidad de establecer referentes materiales claros que organizan el espacio y en el establecimiento de relaciones sociales amplias y fuertes con los demás residentes. Son sujetos que utilizan de manera importante los espacios al interior del barrio: las sendas, que constituyen a su vez un espacio de encuentro, y la zona comercial. Además, son capaces de describir el barrio de manera detallada y están altamente integrados, es decir, establecen interacciones estables y cooperativas con sus vecinos, relaciones de amistad y ayuda mutua. Este tipo de residente corresponde a quienes llevan más de una generación en el barrio o quienes a su llegada contaban con una red de relaciones sociales preexistentes en su interior.

Por otra parte, existe una minoría de los residentes que ha llegado al barrio Franklin recientemente y que manifiesta un bajo sentido de pertenencia al barrio, baja integración con los vecinos y un escaso conocimiento del entorno. La relación que tienen con los demás habitantes y con el barrio mismo es de indiferencia o meramente instrumental. Lo anterior significa que dichos residen-

tes no se identifican con Franklin ni son capaces de construir una imagen particular del lugar que habitan.

Si bien nos encontramos con que muchos de los residentes de Franklin han construido una fuerte identidad urbana en función de él, ellos han comenzado a buscar nuevos lugares de residencia, contribuyendo a un creciente desarraigo y expansión del sector comercial e industrial. En conjunto con el proceso de disminución del uso residencial, los antiguos residentes, ahora en proceso de migración, son reemplazados por familias jóvenes, notándose ello en una disminución de la población adulta mayor y en un aumento de niños y adultos jóvenes.

Esta tendencia nos sitúa en la tensión entre la vocación comercial y residencial de Franklin, que se manifiesta en que, si bien el sector comercial forma parte importante de la imagen que los residentes tienen del barrio, ellos no se relacionan directamente con los comerciantes ni se sienten parte de aquel sector. Incluso la imagen del barrio que tienen los residentes está tensionada. Por una parte, se apropian de la visión hegemónica de Franklin, que circunscribe al barrio únicamente al ámbito comercial y que, en términos simbólicos, lo hace ajeno a los mismos residentes. Por otra parte, tenemos una visión amplia del barrio, cuyo énfasis se encuentra en el sector residencial que habitan los informantes, y donde el sector comercial constituye lo que está fuera al barrio propiamente tal.

Los residentes de Franklin construyen su identidad urbana en torno a él y a su vez son un grupo social que le da a éste una identidad particular, asociada a las clases populares. Aunque la imagen de alguien ajeno al barrio no los incluye, el espacio de Franklin se organiza socialmente en la cotidianidad de la comunidad de sus residentes, en el uso que hacen de él y en las historias que han construido ahí. Estas actividades cotidianas permiten la categorización, significación y valoración del entorno habitado, transformando el barrio en un espacio significado por la comunidad, en un lugar con identidad.

Sin embargo, debido a los nuevos procesos de urbanización de la ciudad, que en Franklin se manifiestan principalmente en la migración de los residentes "tradicionales" a otros lugares de la urbe dado a un alza sostenida en el valor del suelo, y en la llegada de familias jóvenes, las relaciones entre los vecinos tienden a desintegrarse y las redes sociales al interior del barrio son cada vez más acotadas en términos de la cercanía espacial. Por lo tanto, la identidad que se construye tiende a ser cada vez más difusa.

Conclusiones

A la luz de los datos anteriormente expuestos, es posible observar una contraposición entre los usos de suelo residencial y comercial, donde el segundo tiende a desplazar a sus residentes más que a integrarlos en su crecimiento. Incluso los espacios públicos, que antaño fueron compartidos por comerciantes y residentes (y donde probablemente se daba su integración), se orientan hoy sólo a la recepción de los consumidores que el fin de semana visitan las Ferias Techadas, quedando sin uso durante el resto de la semana. Todo ello deviene en procesos de deterioro del barrio.

Podemos concluir, entonces, que la relación entre residencia y comercio ha cambiado radicalmente en Franklin, lo que tiene su correlato en la experiencia de sus habitantes y en la forma como éstos construyen sus representaciones respecto del barrio, implicando un cambio en su identidad cultural.

Si bien aún existe una identificación de los comerciantes y residentes con el territorio, el referente de esta identidad corresponde a una imagen tradicional que no necesariamente tiene un correlato en la práctica cotidiana. Franklin es un claro reflejo de la actual tendencia de desarticulación entre la experiencia y la imagen urbana. Esto se manifiesta particularmente en el Matadero como el principal hito que marca el territorio, que sigue siendo el referente simbólico del barrio, pero que ya no cumple su función tradicional, por la que se constituyó en hito. A esta imagen tradicional de Franklin se contraponen la imagen que tienen los usuarios externos, que identifican el barrio predominantemente con su carácter comercial, donde los espacios de flujo representan el principal hito. La relación entre cultura, identidad y territorio tiende a diluirse en el caso de Franklin. En primer lugar, sus habitantes ya no constituyen una comunidad, sólo se mantiene la idea de ésta, sin existir vínculos presenciales y afectivos más que entre vecinos cercanos de una misma cuadra. En segundo lugar, la identidad territorial se construye únicamente sobre una idea de cierto modo mítica del sector y, finalmente, el mismo territorio pierde correspondencia entre uno y otro habitante. Lo anterior se muestra claramente en la representación particular que se construye del "barrio", donde el espacio que se considera propio no se corresponde con el del resto de los miembros de la comunidad imaginada, sino sólo con el de los vecinos cercanos. La comunidad deja de corresponder a los habitantes del territorio culturalmente delimitado, para pasar a ser un agregado de residentes

que no mantienen relaciones sociales entre sí, fuera del círculo íntimo de vecinos.

De esta manera, se desmitifica la idea del barrio como unidad homogénea, autocontenida e independiente del resto de la ciudad, reflejando cómo los nuevos procesos de urbanización afectan los modos de habitar y experimentar la ciudad y, por lo tanto, configuran nuevas y dinámicas formas de construir identidades, fomentándose procesos como el desarraigo de sus habitantes.

Bibliografía

- AMERIGO, M., 1995. *Satisfacción residencial. Un análisis psicológico de la vivienda y su entorno*. Editorial Alianza Universidad, Madrid.
- ANDERSON, N., 1965. *Sociología de la Comunidad Urbana*. Fondo de Cultura Económica, México.
- AUGÉ, M., 1996. *Los "no-lugares" espacios del anonimato*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- AZCONA, J., 1991. *Para Comprender la Antropología. La Cultura*. Editorial Verbo Divino, España.
- BETTIN, G., 1982. *Los Sociólogos de la Ciudad*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona.
- BORJA, J., 2001. El Gobierno del Territorio de las Ciudades Latinoamericanas. *Revista Instituciones y Desarrollo* 8 y 9.
- CARLI, C. 1987. *Ciudad, vecindario y hogar*. Ed. Eudeba, Buenos Aires,
- CASTELLS, M. 1988. *Problemas de Investigación en Sociología Urbana*. Editorial Siglo Veintiuno. México,
- CORPORACIÓN PARA EL DESARROLLO DE SANTIAGO. 1997. *Gestión de Barrios. Algunas consideraciones teóricas* (Documento de discusión). I. Municipalidad de Santiago, Santiago de Chile.
- CZISCHKE, D. 1998. *Diagnóstico social del Barrio Lira*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- DELGADO, M. 1999. *El Animal Público*. Anagrama, Barcelona.

DE MATTOS, C. 2000. Santiago de Chile, globalización y expansión metropolitana: lo que existía sigue existiendo. *Seminario Efectos de la globalización en la evolución del Santiago Metropolitano*, Santiago.

DUCCI, M. 2000. Santiago: territorios, anhelos y temores. Efectos sociales y espaciales de la expansión urbana. *Revista EURE* 79: 5-24.

GARCÍA CANCLINI, N. 1989. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo, México.

GREENE, M. y F. Soler. 2000. Santiago: de un proceso acelerado de crecimiento a uno de transformaciones. *Seminario Efectos de la globalización en la evolución del Santiago Metropolitano*, Santiago.

HARRIS, M. 2001. *Antropología Cultural*. Alianza Editorial, Madrid.

HARVEY, D. 2000. *La Condición de Posmodernidad*. Editorial Amorrortu, Madrid.

LEDRUT, R. 1974. *El espacio social de la ciudad: problemas de sociología aplicada al ordenamiento urbano*. Editorial Amorrortu, Buenos Aires.

MALDONADO, C. 2001. Formalización del Comercio Informal: La radicación de la Feria Persa Bío-Bío en el Barrio Franklin. *Taller de Investigación Primer Semestre 2001, Escuela de Arquitectura, PUC*. Santiago.

MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO. 1995. *Estudio Seccional Barrio Franklin*. Santiago.

SABATINI, F. y F. Arenas. 2000. Entre el Estado y el mercado: resonancias geográficas y sustentabilidad social en Santiago de Chile. *Revista EURE* 79: 95-114.

SAFA, P. 1997. *Historias locales y diversidad en las ciudades*. En *Globalización e Identidad Cultural*, Bayardo, R. y M. Lacarrieu (comp.), Ediciones Ciccus, Buenos Aires.

SCHÜTZ, E. 1996. *Ciudades en América Latina: Desarrollo Barrial y Vivienda*. Ediciones Sur, Santiago.

SIGNORELLI, A. 1999. *Antropología Urbana*. Editorial Anthropos, México.

VASALLO, V. 2000. *Diagnóstico Social* 3. I. Municipalidad de Santiago, Santiago de Chile.

VENGAS, M. 2001. *Práctica Barrial. Una mirada a la periferia. Serie de documentos Barrio Taller*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.